

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ORGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO.

Así como hay un espíritu vivificador que mantiene á la sociedad contra los elementos disolventes que entraña y hasta se trasfunde en las ideas y sentimientos de los que mas se empeñan en aniquilarlo; así hay un espíritu deletéreo y ponzoñoso que se aspira con el aire y que contagia sin sentir. El cristianismo está ya de tal suerte identificado con la vida de la humanidad, que ni aun para combatirlo y negarlo es posible prescindir de él y sustraerse á su influencia: pero tambien en estos tiempos ha cundido tanto, en tan diversos sentidos y bajo tan múltiples formas, el germen de rebelion, que se atreve casi á competir con aquel en generalidad y á neutralizar su accion benéfica en cualquier terreno. Tenemos los hijos del siglo XIX afortunadamente, por mas que no queramos, mucho de católicos en el alma y en la conciencia; mas por otra parte corremos el peligro, sin caer en ello, de abrigar no poco de revolucionarios.

Espíritu de innovacion insaciable que empieza por reforma mas ó menos liviana y acaba por trastorno radical, espíritu de emancipacion que desde la indisciplina trepa de grado en grado hasta el desconocimiento de toda ley y autoridad, espíritu de discordia que desuniendo y fraccionando viene á parar en el individualismo, espíritu de libre exámen que salta cuantos diques se le oponen y termina en el endiosamiento de la razon, espí-

ritu en fin de petulancia, de descreimiento, de difamacion, de orgullo desaforado que toma el nombre y los aires de independencia; ved ahí el viento que corre y que nos atosiga. Muchos lo llaman y yo consentiria por mi parte en llamarlo *liberalismo*, si no descubriese en bastantes que se escandalizan de esta palabra sobrados síntomas de la misma epidemia.

Treinta y seis años ó medio siglo quizá de luchas políticas y dinásticas han conmovido en España los cimientos de las mas veneradas instituciones, y han lanzado á manos llenas el descrédito y el ultrage sobre cosas y personas que en medio del mayor desbordamiento respetaban siempre nuestros mayores. Calificando de usurpacion los unos lo que de legitimidad los otros, y unos de nacional lo que los otros de tiránico, no han escrupulizado á nombre del derecho y del patriotismo en combatir con todo género de armas los mas inviolables principios á trueque de herir á los adversarios. A mayor abundamiento el sistema parlamentario nos ha traído los partidos, proclamándolos indispensables para el juego de la máquina constitucional y para su acorde y alternada direccion; nos ha traído las cámaras, gran teatro donde se hace exhibicion de audacia y puja de virulencia y donde quien mas ahueca la voz mayores aplausos obtiene; nos ha traído los periódicos, teatrillos ó mas bien retablos donde cualquier maese Pedro ante el embobado y crédulo auditorio mueve los hilos y espone los sucesos y los comenta á su sa-

bor, y sin título, sin garantía, sin nombre siquiera conocido á veces, como cuarto poder del estado juzga magistralmente y sin apelacion los otros tres. En los clubs, en la tribuna y en la prensa las oposiciones han agotado á porfia los esfuerzos de la pasion y hartas veces de la mentira para sublevar en su favor la opinion pública; y cuando esto no ha bastado, han acudido á los cuarteles, ganando para sus venganzas y ambiciones la fuerza pública que habia de ser defensa y gloria de la comun patria, y tratando de convertir en venales pretorianos á los herederos de la bandera que reconquistó á España y subyugó la Europa y el nuevo mundo.

Reconozco que la forma de gobierno ha hecho siempre oportuno y conveniente, y ciertas situaciones mayormente indispensable, el ejercicio de los derechos legales en sostener el bien, la verdad y la justicia, y por céntésima vez deploro que no se hayan empleado mas asidua y firmemente en procurar á los intereses religiosos dignos representantes y celosos propagadores; mas no trato de ocultar que la necesidad de semejante lucha es lamentable, y que al par de brillantes ventajas y de gloriosos triunfos lleva consigo hábitos peligrosos si no los corrige el santo objeto que la promueve. Rechazando ataques, repeliendo invasiones, vindicando legítimas facultades, es menester estar muy sobre sí para no imitar el lenguaje y la conducta de los enemigos. Las disputas agrían, los insultos provocan, las polémicas engendran un humor querrelloso y pendenciero, las discusiones fomentan exageradamente el racionalismo haciéndole saltar amenudo de lo lícito á lo vedado, y la larga resistencia cansada de mantenerse á la defensiva á veces sin notarlo incurre en agresion. Hasta ese desenfreno de la prensa incompatible con todo buen gobierno y con toda decente sociedad, esa disonante y atronadora gritería, esa aluvion de sátiras, epigramas, libelos y diatribas que todo lo arrastra por el cieno, tiene no sé que fatal atractivo para los mismos que la reprueban; y mucho será que no sobreviva su apetito al anárquico período que la ha creado, como en medio de las dulzuras

de la paz echa de menos un pueblo desmoralizado el merodeo de la guerra.

Magnífica ocasion para que el espíritu católico, estirpando en nosotros el mas imperceptible germen del espíritu revolucionario antes de lanzarnos á combatirlo en los demás, demuestre lo que va de la energia á la insolencia, y que en su catecismo la templanza es compañera perenne de la fortaleza, mientras se esplaya la demagogía en grotescas alharacas. Cuando no se hablaba tanto de dignidad, todo el mundo la conocia y la guardaba; cada individuo en su puesto, cada clase en su esfera se hacia respetar sin presuncion respetando á los superiores sin bajeza; la obediencia prestada á los gobernantes procedia á la vez del deber y de la voluntad, no viniendo el caso de ver en ellos un vencedor de partido á quien se teme ó se desprecia; á la nacion sumisa y pundonorosa no se le ocurría mas escoger de rey que á un hijo escoger de padre, pero no hubiera aguantado que se la mantuviese á oscuras acerca de sus destinos al arbitrio de misteriosos tratos que no acababan de concertarse. Ahora nadie acata la autoridad, pero todos se someten á la fuerza; nadie resiste, pero todos murmuran; nadie reconoce la ley, pero cada cual proclama la soberanía de su criterio. Veamos en derredor cuantos fieros de valor y arrojo para no engendrar sino conjuraciones y alevosías, cuantas protestas de abnegacion para encubrir la mas sórdida venalidad, cuanto blasonar de consecuencia al compás de las mas ligeras evoluciones, cuanta afectacion de igualdad con el afan de encumbramiento y de ridiculos honores, cuanta libertad de pensar al servicio de los mas incapaces de pensamiento propio, cuantas ínfulas de independencía por cima de la librea de servilismo á las personas ó de afiliamiento á las pandillas; veamos esos contrastes de hechos y palabras que ha generalizado la revolucion; y como los hijos de los Espartanos á vista de la degradante embriaguez de los esclavos que para ejemplo se les presentaba, veámoslo y escarmentemos.

Si en nuestra patria infeliz ha de asentarse un orden permanente, si ha de renacer de su

suelo un poder verdaderamente nacional bajo el cual no quede de esta dolorosa crisis sino la memoria de una horrible pesadilla; menester será destruir las causas que á ella nos han traído y los efectos que nos habrá dejado; mas para tal remedio no hay represión ni diligencia ni vigor humano suficiente; solo puede alcanzarlo una fuerza moral, y no hay otra que la del catolicismo. De nada serviría reformar las instituciones no reformando al mismo tiempo las costumbres; desaparecieran los conductos por donde se exhala el mal, pero el mal quedaria encerrado, y bien pronto se reproduciria bajo distintas formas ó se abriria paso en espantosa erupcion. Dentro de la España oficial, gracias al cielo, hay otra España cuyas ideas, sentimientos y aspiraciones está la primera muy distante de representar, aunque no tan incomunicada la una de la otra que no participe de su influencia; los vicios políticos por poco que reinen se hacen muy pronto sociales. Atencion pues sobre nosotros mismos: examinemos si algo se nos ha inoculado del virus dominante, y estingámoslo á toda costa. Usemos noble y decididamente de las armas legítimas para vindicar nuestros derechos, que mas que derechos son deberes respecto de Dios y de la patria; pero no nos aficionemos demasiado á su manejo para esgrimirlas mas allá y por mas tiempo de lo rigurosamente indispensable. Midamos actos y palabras, no por el ejemplo de los contrarios ni por la latitud que en general se concede, sino por la norma de nuestras doctrinas y por el supremo regulador moral: demos elocuente testimonio de concordia y disciplina, de prudente reserva y de hidalgo decoro; y en nuestras censuras, quejas y reclamaciones dejemos siempre ileso el principio de autoridad cualquiera sea eventualmente su depositario. Los partidos cogen en el poder el fruto de lo que en la oposicion sembraron; cuanto mas los que no trabajamos para una dominacion efimera, sino para el afianzamiento sólido del estado sobre la base del catolicismo.

J. M. Q.

DE LA UNIDAD CATÓLICA

BAJO EL PUNTO DE VISTA POLÍTICO Y SOCIAL.

II.

El que quiera formarse una idea de las ventajas de la unidad religiosa, no tiene mas que informarse de las aspiraciones hácia la unidad en el seno mismo de las sectas disidentes. ¿Qué hace el puseismo en Inglaterra? intenta un imposible, pero procura dar unidad á la comunión anglicana. El ningun éxito de estas tentativas desengaña á muchos protestantes, y dá ocasion á numerosas conversiones. El gran Bossuet esperaba que la Inglaterra se aproximaría al catolicismo, y el deseo de la unidad la impulsa hácia Roma. El pueblo que siempre ha venerado á los santos Padres; el pueblo que siempre tuvo en veneracion las memorias de su antigüedad, tarde ó temprano volverá á ser lo que fué á los principios. La fé católica ha renacido en la isla de los santos: reaparece el proselitismo, desarrollado con nuevos triunfos desde la emancipacion de los católicos en 1829 hasta la abolicion de la iglesia oficial en Irlanda propuesta y sostenida ahora mismo con decidido empeño. Resucitan los monjes que llevaron á Inglaterra la luz del Evangelio; en todas las posesiones inglesas se instalan sociedades católicas que viven en comunicacion con el *Instituto de la Gran Bretaña*; nuevos santos reconoce la Iglesia á la cabeza de las nuevas fundaciones; los prodigios de la gracia llevan de una parte á otra la renovacion moral de ese gran pueblo, y el arte cristiano resucita al mismo tiempo que resucitan las almas.

Al lado de esta maravilla, la iglesia anglicana desfallece en su aislamiento, separada de la verdad y del resto del mundo. Quéjense los protestantes de tener su iglesia bajo la tiranía del estado; su clero no tiene parte en la eleccion de los obispos, ni estos autoridad alguna: el estado es el obispo, como la reina es el pontífice. No hay en realidad derecho para imponer censuras espirituales; la autoridad canónica en la gerarquía está abolida; no se hace caso de la disciplina ni de la liturgia; la religion no inspira respeto, ni amor, ni devoción; y los mismos obispos solicitan que se releve á los miembros de su iglesia del juramento que hacen todavía los anglicanos de guardar los treinta y nueve artículos de su *simbolo*, porque esos artículos ya no se guardan, y el juramento ha venido á ser una vana y sacrilega ceremonia.

Suspiran por la unidad religiosa en Inglaterra católicos y protestantes; este es el deseo de los anglicanos y disidentes. Políticos y hombres de estado como lord Palmerston han dicho que darian su mano derecha por tener la unidad religiosa: ¿quién puede dudar de las ventajas de la unidad bajo el punto de vista político y social, al ver que unos y otros suspiran por ella? Los católicos la quieren porque la verdad tiene derecho á reinar exclusivamente. Los católicos la quieren porque ellos entre sí viven unidos con los lazos de una misma creencia; los protestantes tambien la quieren, vista la necesidad de poner remedio á sus profundas divisiones: los hombres de estado conocen la necesidad de hacer sacrificios por la unidad religiosa. En prueba de ello, el puseismo ha querido echar un puente para enlazar las dos opuestas riberas, inventando el *anglicanismo católico*; y algunos protestantes han propuesto que católicos y no católicos se unan al menos para pedir á Dios que ilumine á unos y á otros con el fin de que se pongan de acuerdo y se acaben las diferencias religiosas. El intento es irrealizable, porque la verdad no transige con el error; pero es un argumento en favor de la unidad religiosa, deseada hasta por los mismos sectarios que se separaron de la Iglesia. El puente del Dr. Pusey está sirviendo para que los protestantes pasen de la orilla del error al campo de la verdad católica, siendo imposible que unos y otros vengan de las dos orillas y se guarezcan en el puente, y se junten y amalgamen en el punto intermedio, sin llegar nunca al término deseado. De esperar es que crezcan las conversiones con ocasion del próximo concilio ecuménico, pues todos los oídos se *inclinan* á la voz del vicario de Jesucristo que atrae con tierna solitud á hereges y cismáticos hácia el centro de la unidad.

La revolucion que todo lo destruye, que todo lo niega, que hace imposible el gobierno como estamos viendo entre nosotros, y que en otras partes (donde la fidelidad á los principios sociales que son de origen católico no dan entrada á la anarquía) impide al menos que pueblos y gobiernos continúen su misión civilizadora y obren el bien á que están obligados. Las nociones mas simples del deber y del derecho se van oscureciendo; la moral y la justicia están llevando donde quiera los golpes mas terribles; y en unas partes la arbitrariedad, en otras el poder de las sectas, en todas la fuerza bruta, la tiranía, se sobreponen á la autoridad de la ley y conculcan los principios morales. Todo el

mundo lo vé así, como nosotros lo vemos: los hechos son públicos; y en toda ocasion solemne la fuerza resuelve las cuestiones, menos aquella gran cuestion, la cuestion insoluble que consiste en haber abatido los derechos y levantado las espadas.

Recordamos á este propósito á Lefevre mariscal de los ejércitos de Napoleon I, hombre ignorante que hasta en los sitios de plazas despreciaba el consejo de los ingenieros, y que viéndose apurado en presencia de los cuerpos facultativos, solia decir: *nada, yo doré una carga al frente de mi caballería*. No es otro el proceder de los gobernantes; á la fuerza se confían, y no queda otro recurso que la fuerza para resolver las cuestiones mas árduas. Las naciones están en pié de guerra; los ejércitos esperan la señal del combate, y ni en medio de la paz se atreve ningun gobierno á desarmar sus batallones. Esto es intolerable, porque dá una idea del estado político y social á que han llegado los pueblos de la cuita Europa. Ay de los débiles! ay de los pequeños, aunque en sus contiendas les asista la justicia! Ay de los fuertes tambien, porque el sostenimiento de la fuerza armada los irá consumiendo y devorando poco á poco, sin contar otros males que son inseparables del constante abuso de la fuerza!

Algunos protestantes, considerando la trascendencia del mal, han propuesto que se acuda al papa, la mas alta autoridad moral del universo, para que decida, siempre que ocurra algun conflicto entre las naciones, cuál tiene razon, y si es ó no lícito en determinados casos confiar á las armas el éxito de una empeñada contienda. Los papas en efecto terminaron muchas guerras, evitaron la efusion de sangre, zanjaron difíciles cuestiones: su arbitramento produjo muchísimos bienes y fué en otros tiempos el medio mas prudente y equitativo que se pudiera pensar. Recuerdo de aquella antigua política en que el respeto á la religion era el primer deber de los gobiernos, algunos protestantes no temen evocar hoy dia, considerando que los armamentos generales son un gravámen pesadísimo, y que la justicia lo debe temer todo de la revolucion permanente, de las masas prontas á rebelarse, y del formidable aparato de los cañones rayados.

Es necesario refutar errores, aplicar un correctivo á los desórdenes profundos que desgarran las entrañas de nuestra sociedad. La pugna del estado contra la Iglesia, la guerra que á los derechos y á las doctrinas de la Iglesia se hace en todas partes por el espíritu revolucionario, imposibilitan el buen gobierno. No se puede vivir de esta manera: el

predominio de la fuerza bruta no puede hacer en favor del estado político y social de las naciones lo que la fuerza divina de la religión y de la moral cristiana han hecho en todo tiempo. Todo lo que se haga en obsequio de los principios sociales, en favor de la religión, de la moral y del derecho, se hace en favor del gobierno temporal, en favor de la libertad, en bien del estado. Todo lo que se encamine á procurar ó defender la unidad religiosa, cederá necesariamente en beneficio del estado político y social de las naciones. La experiencia lo acredita, experiencia que hemos de llorar los españoles con lágrimas de sangre.

Decía en lo antiguo un obispo á otro: «poco importaría que una nación estuviera políticamente fraccionada, si estuviera religiosamente unida.»

A procurar esa union tan necesaria se dirige siempre la Iglesia. En los trabajos preparados para el próximo concilio se conoce que la anima el mismo pensamiento. La Iglesia salvó al mundo, y de pagano le hizo cristiano, influyendo sobre la vida pública de las naciones, sobre la sociedad: ahora le sacará del nuevo paganismo, obligando al estado á que reconozca sus derechos y á que reciba su saludable influencia, sin la cual el estado no puede sostenerse contra los embates de una revolución, que es enemiga de toda autoridad. El mundo no se convertirá de repente; la vida civil, la ciencia, la legislación, la política no se mudarán de un golpe: pero las definiciones de la asamblea Vaticana irán penetrando poco á poco, modificarán las opiniones, iluminarán los entendimientos, y su ascendiente sobre los individuos alcanzará un día á tener sobre los poderes públicos el influjo necesario.

Toca á la Iglesia remediar estos males, restaurando los primeros principios de la moral y del derecho, que son el fundamento de la sociedad. Y no lo hará solamente definiendo en abstracto, sino haciendo aplicaciones prácticas á las cuestiones mas grandes que agitan y despedazan al mundo: establecerá las relaciones que á la Iglesia corresponden con la ciencia, con la escuela, con la familia, con el matrimonio, con el estado, con la sociedad, en contra de aquellos que quieren separarlos de la Iglesia, emanciparlos de la religión, privarlos de su carácter cristiano, á nombre de una falsa libertad que es enemiga de Dios y contraria á toda ley y principio de verdad y de justicia.

El obispo Ketteler, hablando del próximo concilio, dice que como obra de reconstrucción es el acontecimiento mas grande del siglo. A la demolición universal opondrá el sumo pontífice el concilio

ecuménico. La obra de destrucción se ha completado: ¿qué queda por destruir? Preciso es que se reconstruya de nuevo sobre el antiguo cimiento puesto por Jesucristo de una vez para siempre.

Huyamos del diluvio; avergoncémonos de esta anarquía. Para salvarnos del torrente revolucionario no nos puede servir de refugio la nave del estado: esa nave hace agua, está podrida, y se vá á pique; la vemos sumergirse combatida por los elementos de la revolución. Si la Iglesia no salvara al estado, la sociedad perecería sin remedio.

No nos faltará en esta ocasión el socorro del cielo. La sociedad ha sido muchas veces libertada por la Iglesia, aunque la sociedad no lo recuerde. La Iglesia católica se propone castigar tamaña ingratitude con un nuevo beneficio. Los triunfos que alcanzará la religión perseguida han de contribuir muy principalmente á salvar el estado, que presa de la anarquía y fuera de los caminos de la verdad y de la justicia, sucumbe sin poder llenar su alta misión sobre la tierra.

MANUEL MUÑOZ Y GARNICA.

LAS MONJAS DE ASIS. (*)

Singular destino el de aquella pobre monja! Nacida en el Brasil residió en Londres y en Paris, y despues de grandes desgracias vino á tomar el velo en Asis bajo el nombre de sor Clara Luisa.

Exhala este convento un perfume de penitencia y de pobreza que penetra en el alma: en su reducido locutorio y detrás de la doble reja entreveíamos á la madre abadesa acompañada de sor Clara Luisa, envueltas las dos en su grosera túnica de lana oscura, ceñida por un grueso cordon, y cubiertas de un espeso velo que cayéndoles pesadamente sobre los ojos no dejaba ver mas que su boca entreabierta y el contorno inferior de su semblante. La abadesa, sor Clara Coloma Angeli es ya de una edad avanzada y una segunda santa, Clara así por sus virtudes como por su nombre. Esto nos lo dijo en Roma el P. Bonelli que habia llegado con nosotros y solia repetir: *Dio vuol bastonare l'Italia*. Al entregarle nuestra ofrenda para el sepulcro de santa Clara, la abadesa, que no habla mas que el italiano, dijo:

«*Ohimè!* Dios sabe cuando podremos acabar el monumento de nuestra fundadora. Nosotras ni si-

(*) De un artículo de viajes publicado en los últimos números de una acreditada revista francesa, traducimos este interesante episodio.

quiera sabemos si muy pronto nos veremos arrancadas de nuestro monasterio.

Estremada es la miseria de estas santas religiosas. Uno de los grandes actos de caridad de Pío IX es enviar limosnas y donativos á los conventos más necesitados. Fundó una caja especial de socorros para las religiosas despojadas de sus bienes en las provincias arrebatadas á la Santa Sede; pero, ¡ay! la caja está vacía y el papa mismo vive de limosnas.

La brasileña despertó en nosotros un vivo interés. Observábamos su mano blanca y sus afilados dedos adornados con una sortija, símbolo de sus místicas bodas con Jesucristo. Habla el francés con acento dulce y gracioso, y al hacerle algunas preguntas respecto á la situación de las hijas de santa Clara, me contestó:

Nuestro monasterio ya no nos pertenece; se halla incautado, y se ha hecho propiedad de la corporación municipal que quiere establecerse en él. Entretanto se nos han amontonado aquí tres comunidades de religiosas que tienen reglas y costumbres diferentes: vivimos con Urbanistas y Benedictinas arrojadas de su convento. En cada pequeña celda estamos cinco monjas. Se nos ha prometido á cada una 80 céntimos (de franco) por día, y aun esta corta cantidad no se nos paga exactamente.

—Bien veo, hermana, que ahora más que nunca merecéis el nombre de *Señoras pobres*.

—La santísima pobreza es nuestro paraíso en la tierra, y no es ella la que nos trae inquietas y desasosegadas. No dudamos que nuestra madre abadesa renovaría si necesario fuese el milagro de santa Clara multiplicando el pan; lo que nos acorcha más es el temor incésante de vernos espulsadas de nuestro querido asilo. Oh! nosotras ignoramos todo lo que pasa. Decidnos por Dios en qué estado se encuentran los asuntos de Italia.

—Muy mal.

—Y la Francia que tanto he amado, la Francia no vendrá á nuestro socorro?

—No, hermana. Me veo obligado á deciros que vosotras todo lo tenéis que temer y nada tenéis que esperar de los hombres.

—Ah, caballero, vos no comprendéis cuán grandes son mis pesares. Nacida en el Brasil he vivido en Paris y en Londres, he atravesado el Mediterráneo para ir á Roma, de allí vine á Asis donde creí sepultarme para siempre en ese claustro con la grata certidumbre de morir de rodillas al pié del sepulcro de nuestra querida madre santa Clara; y ahora se nos amenaza con que van á arrancarnos

de él. Que nos hagan pedazos primero, con tal que dejen nuestros restos en este monasterio!—

Parecíame escuchándola que oía la voz de aquella hermosa Piccarda á quien vió Dante en el Paraíso, y que era también monja de santa Clara.

Io fui nel mondo vergine sorella;

E se la mente tua ben mi riguarda;

Non mi ti celerá l'esser piú bella.

Interrumpióse por un momento sor Clara Luisa, y añadió luego con cierta vivacidad.

—¿Y de qué suerte unas pobres reclusas como nosotras pueden impedir que la Italia se unifique y regenere como dicen ellos? Nosotras estamos prontas á sufrirlo todo, á aceptarlo todo: no queremos sino que se nos permita quedar cerca de nuestro tesoro, cerca del sepulcro de nuestra santa madre.—

Nosotros oíamos los sollozos que agitaban el espeso velo de las dos monjas, y estábamos conmovidos hasta el fondo de nuestras almas.

Un religioso espulsado de su convento puede ir á otra parte, es sacerdote, es hombre; pero, ¿qué puede hacer una religiosa que se halle tan lejos de su patria como esta brasileña? Yo la comparaba á una de esas palomas domesticadas que viven felices en su prision y que mueren de tristeza y de miseria cuando se empeñan en darles una libertad que les repugna.

—Hermana mia, le dije, rogad á santa Clara que salvó dos veces á Asis de la invasion musulmana, rogadle que siga protegiendo á su monasterio, y á ejemplo suyo tomad con vuestras manos el santísimo Sacramento para ahuyentar á los nuevos sarracenos, si se atreven á escalar el sagrado recinto de vuestra clausura.—

La abadesa y sor Clara Luisa nos dieron las gracias y nos recordaron que en la bula que otorga á las clarisas el privilegio de la *altísima pobreza* el papa Inocencio IV dice: «Los que os amarán en Jesucristo á vosotras y á vuestra orden, disfruten de la paz de Dios y en el día del juicio encuentren por recompensa la bienaventuranza eterna.»

—Adios, hermanas; si no nos volvemos á ver en este mundo, rogad á Dios que nos juntemos en él para vernos en el otro.

—Adios, caballero, me dijo la brasileña, yo os regalaré la única cosa de que puedo disponer pero que es la cosa más preciosa de este mundo: yo os ofrezco la comunión de mañana.

Salí del locutorio todo conmovido, lleno de compasion en vez de las *Pobres señoras* y de cólera contra sus perseguidores.

A la hora en que estoy trazando sobre el papel

éstos recuerdos, tal vez las *Pobres señoras* de Asis han sido arrojadas ya del sepulcro de santa Clara. Así pues en este momento la Italia madre de santos, la España madre de héroes, se encarnizan contra las órdenes religiosas y las tratan como á enemigos, como si fuesen turcos ó moros. Y sin embargo las órdenes religiosas son las que han formado á Italia desde S. Benito, las que han defendido á la España contra los moros y contra Napoleon!

Las hijas de santa Clara ayunan todos los días, y á pan y agua cuatro veces por semana, guardan silencio y duermen sobre una tabla.

He aquí las delicias de que las pobres monjas temen tanto verse privadas, las delicias que hacen sombra á los tiranos de Italia! Cuán estúpidos son y malvados los que quieren destruir estos monasterios, santuarios de todas las virtudes, asilos de todas las mortificaciones, sepulcros de todos los apetitos que trastornan el mundo, altares de voluntarios sacrificios que desarman la justicia de Dios y suspenden por tantas penitencias y merecimientos el rayo vengador pronto á caer sobre los pueblos culpables que han merecido tener tales gobiernos!

(Revue contemporaine.)

CRÓNICA.

DAR COCES CONTRA EL AGUIJON.

Aunque es asunto trasnochado y bastante discutido por la prensa local, diremos dos palabras, para conocimiento de los lectores de fuera, del acuerdo tomado por el Ayuntamiento de Palma en sesion de 16 del corriente de no costear funciones religiosas ni asistir á ellas jamás. Convertida en mayoría de resultas de las últimas elecciones parciales la fraccion republicana, trató desde luego de ponerse al nivel de las otras municipalidades del continente en que predomina su color en la cuestion preferente que es la católica; y por 17 votos contra 7, aunque á estos se adhirieron posteriormente 5, quedó sancionado el divorcio de la Ciudad con la Iglesia. Si en vez de representar á una gran poblacion de 11,702 electores, solo aspiran á representar á los 1,492 que los votaron, y ni siquiera á todos estos pues dudamos que muchos aprueben su proceder, nada nos ocurre que decir de los concejales republicanos sino aplaudir su modestia; ellos mismos se han juzgado. Por nuestra parte y por la de los siete octavos del vecindario ningun empeño tenemos en que nos representen. Pero sí lo tenemos de que los 1,400 escudos destinados para fiestas religiosas, grandiosa economia que ha de salvarnos, no sufran otra aplicacion que la marcada en el presupuesto, v. g. como proponia no sé quien, al armamento de voluntarios de la libertad. Para tal exigencia hay derecho en los contribuyentes.

Lo que sucederá es lo que ya se está viendo en los preparativos para la próxima fiesta de la Beata Catalina Tomás,

húmilde campesina y santa religiosa, cuyo cuerpo se venera en la iglesia de las Magdalenas; primera víctima, á quien se trata de indemnizar de las economías municipales con la solemnidad más brillante que se haya celebrado desde su beatificacion, y de consolar de la ausencia del ayuntamiento con el más lucido y autorizado concurso. Verdaderamente ciertos hombres parecen destinados á representar esas rocas echadas en medio de impetuosa corriente para purificar las aguas y acrecentar su fuerza y rapidez. Para comprenderlo necesitamos recordar que á los mismos cálculos é intereses se sobreponen los instintos y que ningunos más ciegos que los de la animosidad.

En Austria como en Prusia, en Baviera como en Hungría, en todos los estados que componen la antigua Germania, se siguen aumentando las esperanzas que los católicos tienen en el concilio, y mil libros y periódicos se dedican á celebrar este grande hecho y á inculcar á todos la importancia de tan grandiosa reunion.

Diríase al ver este movimiento, que la Alemania pesadísima de haber engendrado á la reforma y roto su union con Roma, desea volver á ella, convencida del error en que la sumió la absurda protesta de Lutero. Así que los alemanes en todas las ocasiones que se presentan, procuran demostrar este afecto á pesar de la opresion y la tirania de los gobiernos que allí imperan.

La infinidad de sectas protestantes que existen en todos los estados alemanes van decayendo visiblemente y pierden toda su importancia, mientras que la del catolicismo aumenta.

Lo mismo que sucede en Inglaterra, exactamente el mismo fenómeno que está pasando en los Estados-Unidos, se nota en Alemania, y hasta el más ligero espíritu de imparcialidad para desconocer la descomposicion del protestantismo y la vuelta á la verdad católica de estas naciones.

Solo los gobiernos son los que se oponen á este movimiento llevados por su espíritu de odio á la Iglesia, y el de Austria y el de Baviera parecen empeñados en contrariar el desarrollo del catolicismo, y procuran sobre todo dividir á los católicos oponiendo los liberales á los ultramontanos y haciendo surgir dificultades y temores entre ellos. Pero hasta ahora no han conseguido nada en el sentido que desean, y antes por el contrario han estrechado más los lazos que unen á los católicos.

Los periódicos protestantes alemanes agitan en este momento la cuestion de la actitud que deben tomar los gobiernos de sus respectivos países respecto al concilio, y todos aceptan la política suspicaz y hostil proclamada por el principe de Hohenlohe, y aunque Prusia no tiene ningun interés contra los católicos, ni pretende lastimarlos de ningun modo, contribuye á ello indirectamente sosteniendo al presidente del ministerio bávaro que trabaja con tanto celo por la causa prusiana.

Para que el principe de Hohenlohe no caiga y no se destruyan sus trabajos anexionistas, es necesario dividir la mayoría católica de la cámara que en un momento dado puede lanzar al gobierno bávaro, y sustituirle con otro salido de su seno que seria opuesto á las miras prusianas, porque los únicos enemigos que no pueden ver con pacien-

cia la absorcion de los pequeños estados y la destruccion de tantas nacionalidades; los únicos enemigos de la política de Bismark son los católicos.

Segun vemos en un periódico francés, el gobierno ruso ha mandado suspender el viaje del obispo de Kielke, monsieur Majerezak, á consecuencia de la escitacion que ha producido en Polonia la muerte del obispo Lubienski.

El temor ha detenido esta vez la tiranía rusa próxima á sacrificar una nueva víctima, pero el obispo de Kielke no ha salido completamente libre, pues al suspenderse la órden de destierro, el gobierno la ha cambiado por una órden de detencion indeterminada.

La *Gaceta del Báltico* publica una interesante lista de los sacerdotes polacos sacrificados desde la insurreccion del año 63 por la tiranía rusa. Asombran verdaderamente tales datos y ellos por sí solos demuestran la horrible situacion del clero en aquel infortunado pais.

He aquí lo que dice el periódico alemán; 37 sacerdotes han muerto en los combates ó sido pasados por las armas por ir con los soldados polacos.

5 obispos, 3 prelados y 218 sacerdotes han sido deportados á Siberia ó internados en Rusia.

200 eclesiásticos de todas clases han sufrido durante largo tiempo en las cárceles rusas la pena de prision impuesta por leves motivos.

44 sacerdotes han tenido que emigrar para siempre de su patria por no caer en poder de sus perseguidores.

El periódico alemán dice que estas cifras solo se refieren al reino de Polonia, y no comprende los mártires aun mas numerosos de las provincias de Lethnania, Volignia, Podolia y Ukrania.

La persecucion al clero polaco sigue en aumento en vez de disminuir y cada dia crece el empeño de destruir la religion católica en Polonia.

Pero el gobierno ruso ignora cuando sigue esta conducta que el catolicismo crece con mas vigor y se desarrolla con mas fuerza donde es mas viva la persecucion, y no sabe que con el martirio logró triunfar del imperio romano y dominar por largos siglos en Europa. La sangre de los nuevos mártires polacos será tambien fecunda, y despues del tiempo de la persecucion, se alzarà triunfante el catolicismo en aquel desdichado pais, infundiendo vida y espíritu á su ahora muerta nacionalidad.

Si la muerte del obispo Lubienski fué trágica, la violencia cometida con el obispo Majerezak oprime el corazon. En efecto, todavia están calientes los restos del mártir de Nijni-Nowgorod (el obispo Lubienski), y ya Rusia elige otra nueva víctima. Se ha apoderado de un anciano que, en los momentos mas difieiles de la insurreccion belicosa, estuvo firme y dignamente en su puesto; de un obispo que ha consagrado su vida al servicio de la Iglesia y de la grey que le estaba confiada, y que habia sabido captarse el amor del pais, al mismo tiempo que hacia respetar en su diócesi la autoridad del gobierno; de un obispo á quien el año pasado dió el Czar el disgusto de condecorarle; de un obispo á quien el gobierno no tenia nada que reprochar mas que el haberse negado á reconocer el colegio de San Petersburgo como la autoridad suprema de la Iglesia.

El gobierno se ha apoderado de este obispo y lo ha enviado á Perm, donde no pudo llegar el obispo Lubienski, como si tuviera empeño en dar á esta ciudad la gloria de ver dentro de sus muros el martirio de uno de nuestros obispos.

En presencia de un hecho tan abominable, ¿qué valen nuestros gritos de dolor y de indignacion? La historia marcará esta fecha para honor de la Iglesia y vergüenza del siglo XIX.

Desde 1866 hasta el dia, se han fundado en Prusia 700 conventos con el apoyo del gobierno. El rey de Prusia espera, favoreciendo así las órdenes religiosas, sustituir en Alemania el protectorado de Prusia al protectorado de Austria en todas las cuestiones en que los elementos politico-católicos entren en juego.

De unos datos que ha publicado *La Semana Católica* para probar los progresos que el catolicismo ha hecho en los Estados-Unidos durante el presente siglo, resulta que en 1808 no habia en aquel estensísimo territorio mas que una diócesis católica con 68 sacerdotes y 80 iglesias y capillas, y el progreso ha sido tan rápido y constante que en 1869 hay ya 53 diócesis, 8 vicarios apostólicos, 3,150 sacerdotes y 5,288 iglesias capillas.

En 1808 solo habia un católico por cada 68 protestantes: en 1830, uno por 27: en 1840, uno por 18: en 1850, uno por 11: en nuestros dias hay como término medio, un católico por cada seis ó siete protestantes.

A esto hay que añadir las conjeturas de las revistas mas importantes, que aseguran que antes del año 1900 la tercera parte de aquella república será católica.

Llama la atencion en estos momentos la presencia en Paris del obispo de Siam, que viene del extremo de Oriente para asistir al concilio ecuménico que se celebrará el próximo diciembre. Se anuncia tambien la salida para Roma de todos los obispos de Asia, Africa, América y Oceanía lo que prueba, contra lo que se ha dicho últimamente, que no hay ningun cambio acordado en cuanto á la época de reunion del concilio.

El 15 del actual el señor obispo de Barcelona en la capilla de su palacio bautizó, confirmó y administró la Eucaristía, previa la abjuracion de sus errores, á un joven musulman, natural de Tetuan, que habia venido á España formando parte de la servidumbre de Muley-el-Abbas, despues de la guerra de Africa.

Entre las muchas conversiones al catolicismo que hay en Inglaterra, llama mucho la atencion una de la mas alta aristocracia inglesa. Con gran placer citamos el nombre de lady Murray, hija primogénita del duque de Moutrose.